

prensión de la contemporaneidad, vista desde una de sus instituciones clave que es la familia.

Vânia SALLES  
*El Colegio de México*

Daniela SPENCER: *El triángulo imposible. México, Rusia Soviética y Estados Unidos en los años veinte*. México: Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social-Miguel Ángel Porrúa, 1998, 269 pp. s. ISBN

En la historiografía del México contemporáneo, los estudios político-diplomáticos cobraron un nuevo sentido desde que Friedrich Katz demostró que la revolución mexicana fue también escenario de una guerra secreta, donde dirimieron sus ambiciones las potencias imperiales. El papel asignado a México durante la primera guerra mundial y a lo largo de la siguiente década, ha sido objeto de una nutrida cantidad de investigaciones. De ellas, el vínculo más estudiado ha sido, y con razón, el referente a Estados Unidos. A la sombra del interés estadounidense por incidir de alguna forma en el curso de los acontecimientos mexicanos, la Revolución y los gobiernos que de ella emergieron, fueron definiendo ideas, proyectos, acciones y correcciones en el curso de un proceso desenvuelto bajo presión o directa injerencia del poderoso vecino.

Desde los ya clásicos trabajos de Robert Freeman Smith, Mark Gilderhus y Berta Ulloa, hasta el más reciente libro de Linda Hall, la relación entre México y Estados Unidos parece ser fuente inagotable de nuevos descubrimientos. La indagación histórica también ha recorrido el ámbito europeo; así, Lorenzo Meyer estudió el vínculo con Gran Bretaña, Pierre Py hizo lo mismo con Francia, Josefina MacGregor y Óscar Flores Torres prestaron atención a España, y la investigación de Katz articula buena parte de estos casos, profundizando en el interés de Alemania en México.<sup>1</sup>

<sup>1</sup> R. FREEMAN SMITH: *The United States and Revolutionary Nationalism in México, 1916-1932*. Chicago: The University of Chicago Press, 1972; M. GILDERHUS: *Diplomacy and Revolution, US-Mexican Relations under Wilson and Carranza*. Tucson: The University of Arizona Press, 1977; BERTA ULLOA: *La revolución intervenida. Relaciones diplomáticas entre México y los Estados Unidos, 1910-1914*. México: El Colegio de México, 1971; L. HALL: *Oil, Banks*

De una u otra forma, este conjunto de naciones vio afectados sus intereses cuando la explosión revolucionaria se encargó de desmoronar la elogiada solidez del porfiriato. Sin embargo, ¿qué importancia tenía México para la naciente Rusia Soviética? Una nación diezmada por la guerra mundial y la guerra civil, bloqueada y amenazada por las principales potencias de la época, ¿qué idea tenía de México, y qué tipo de relación propuso a los mexicanos? Anterior a la rusa, la revolución mexicana, sin ser nunca influida de manera significativa por aquélla, tampoco escapó a la atracción de un movimiento político que reclamó como suyo el compromiso histórico de atender a escala planetaria los reclamos de justicia y dignidad de obreros y campesinos. ¿Qué buscaron en la experiencia soviética algunos intelectuales mexicanos comprometidos con las tareas de reconstrucción de su país durante la década de los veinte?; pero y básicamente, en el México de aquellos años, ¿qué papel jugó la Rusia soviética en la compleja relación entre México y Estados Unidos? De estas preguntas da cuenta el libro de Daniela Spencer.

La tesis doctoral de la autora sirve de base al presente libro,<sup>2</sup> de cuyas virtudes quizá la más elocuente sea la información original proveniente de archivos diplomáticos la ex Unión Soviética, entrecruzada con un vasto universo de fuentes primarias, capturadas mayormente en repositorios documentales de México, Estados Unidos y Europa occidental. Esta riqueza en las fuentes, y el tratamiento que de ellas se hace, permiten echar luz sobre aspectos desconocidos en la historia de México, así como

---

*and Politics: The United States and Post-Revolutionary Mexico, 1917-1924.* Austin: University of Texas Press, 1995; L. MEYER: *Su Majestad Británica contra la Revolución mexicana.* México: El Colegio de México, 1991; P. PY: *Francia y la revolución mexicana. 1910-1920. O la desaparición de una potencia media.* México: Fondo de Cultura Económica; J. MAC GREGOR: *México y España. Del Porfiriato a la Revolución.* México: Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, 1992, y "México y España 1913-1917". Tesis de doctorado. México: Universidad Nacional Autónoma de México, 1998, mimeo.; O. FLORES TORRES: *Revolución mexicana y diplomacia española. Contrarrevolución y oligarquía hispana en México. 1909-1920.* México: Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, 1995; F. KATZ: *La guerra secreta en México.* México: Era, 2 vols., 1982.

<sup>2</sup> D. SPENCER: "Encounter of the Mexican and Bolshevik Revolutions in the United States Sphere of Interest". Tesis de doctorado. University of North Carolina at Chapel Hill, 1994.

enriquecer otras aproximaciones en torno a la relación entre México y la Rusia Soviética.<sup>3</sup>

La investigación se despliega entre la llegada del primer emisario soviético a México, Mijail Borodin, en 1919, los entretelones del establecimiento de relaciones diplomáticas en 1924, y las actuaciones de los tres embajadores rusos (Stanislav Pestkovsky, Alejandra Kollontai y Alexandr Makar) hasta la suspensión, en 1930, del vínculo diplomático.

La historia que se reconstruye a lo largo de este periodo, incorpora un tercer vértice: la política estadounidense hacia México. En efecto, la autora demuestra que el esfuerzo por desentrañar la relación entre México y Moscú se tornaría inútil de no tomar en cuenta el accionar estadounidense, toda vez que fue este último quien se encargó de propagar el significado, la mayoría de las veces de manera distorsionada cuando no falsa, del interés de México y Rusia por estrechar sus nexos. En otras palabras, uno fue el interés de México y otro el de Rusia, pero entre uno y otro, medió la capacidad de sectores de la dirigencia política y el empresariado estadounidenses para manipular fuentes de información y esparcir por el mundo “la hipótesis de que las dos revoluciones estaban emparentadas ideológicamente” (p. 21). Se trataba de imbuir la convicción de que el nacionalismo mexicano y el comunismo soviético eran equivalentes, y como tales, es decir, como “una mancha a la civilización del siglo XX”, debían ser combatidos.

Spencer hace un detenido análisis de los mecanismos que permitieron identificar los postulados de la Constitución de 1917 con el programa del Partido Bolchevique. Sin ningún matiz sobre el significado de las dos experiencias revolucionarias, los sectores más conservadores de la dirigencia estadounidense se valieron de toda clase de recursos para destrabar acciones intervencionistas en México. La investigación de Spencer arroja luz sobre estas acciones. Reconstruye las redes del espionaje de Estados Unidos, que infiltraron la naciente organización comunista en México. El objetivo era encontrar o en su defecto “fabricar” evidencias documentales que sirvieran al gobierno de Washington para demostrar que México constituía la plataforma de un vasto “complot rojo” contra Estados Unidos y América Latina (pp. 33-43). La investigación también indaga en medios de prensa estadounidenses, creadores

<sup>3</sup> H. CÁRDENAS: *Historia de las relaciones entre México y Rusia*. México: Fondo de Cultura Económica-Secretaría de Relaciones Exteriores, 1993.

de opinión pública. Aquí los hallazgos resultan sorprendentes al develar los mecanismos de una vasta campaña propagandística, que bajo el calificativo de “bolchevique” condenó cualquier acción de los gobiernos obregonista y callista tendiente a limitar el poderío de las compañías extranjeras. Calificativo que hicieron suyo el embajador Sheffield y el secretario de Estado, Kellog, cuando en 1927 parecieron dispuestos a intervenir militarmente en México. Esta campaña de propaganda concluyó cuando el gobierno mexicano privilegió el entendimiento con Estados Unidos. La actuación del embajador Morrow convirtió al país en la plataforma de lanzamiento de la más tarde conocida política de “buena vecindad”, y con ello el radicalismo sonoreño tocó a su fin, como también lo haría, un par de años más tarde, la relación diplomática entre México y Rusia.

Sin embargo, la “paranoia anticomunista” tenía cierta base de realidad. Conforme con el diseño de una estrategia planetaria, la política exterior soviética combinaba un doble accionar: el establecimiento de relaciones diplomáticas normales, y la actividad de los agentes diplomáticos en la política interna de las naciones encaminada a promover la organización comunista. México no fue la excepción, y los gobernantes mexicanos, con el afán de defender su autonomía en el manejo de las relaciones exteriores frente a la presión estadounidense, fueron especialmente tolerantes con la presencia de emisarios soviéticos desde 1919.

La autora, con base en una amplia revisión hemerográfica, rescata las imágenes que los soviéticos fueron construyendo de México. La idea de un país semicolonial, sujeto a los dictados del imperialismo extranjero, sin ninguna posibilidad de reconstruir su economía y mucho menos, de consolidar políticas soberanas en relación con la explotación de los recursos naturales. Una nación conducida por una pequeña burguesía, débil y timorata, sobre la que inexorablemente debía imponerse la justicia de la causa proletaria. Sin embargo, no fue este diagnóstico el que despertó especial atracción hacia México, sino su vecindad con Estados Unidos. Esta nación, desde el mirador soviético, comenzó a evaluarse como la potencia hegemónica en el espacio latinoamericano, por tanto “para Lenin, lo más relevante de México era su ubicación estratégica en el hemisferio occidental” (p. 61).

Spencer se detiene en estos asuntos y sigue las huellas de los enviados soviéticos en el seno de la naciente organización obrera mexicana. La III Internacional, con Zinoviev a la cabeza, determinó que México sería el centro coordinador de las actividades

de la Internacional Sindical Roja en América Latina. En cumplimiento de esta labor, Louis Fraina, Sen Katayama y Charles Phillips, veteranos militantes comunistas, arribaron a México para desplegar una activa militancia tanto en el interior del recientemente fundado Partido Comunista Mexicano, como en la organización de la Confederación General del Trabajo. Spencer demuestra la enorme distancia que medió entre un diagnóstico soviético, convencido de la existencia de condiciones objetivas para una rápida toma del poder, y la realidad mexicana, tan poco receptiva al ideario bolchevique como a la organización clasista. “Es muy difícil organizar a los mexicanos” informó Katayama a la jefatura del Comintern, mientras Fraina confesaba su equivocación “sobre la situación, imaginando que el movimiento era grande o capaz de crecer” (pp. 66-67). El texto pasa revista a este conjunto de dificultades y destaca la imposibilidad del comunismo de permear a la hegemónica CROM, instancia que desde muy tempranas fechas se convertiría en el puntal de la política anti-comunista en México.

El establecimiento de relaciones diplomáticas en 1924 colocó a los embajadores soviéticos en el desempeño de la doble misión de representantes del Estado Soviético y a la vez del Comintern. Los trabajos de propaganda y las actividades políticas de Petzkovsky y Kollontai con distintos sectores y organizaciones sociales de México, son estudiados por la autora, quien además se encarga de demostrar que, contrariamente a lo que se ha sostenido, la presencia en México de estos dos destacados bolcheviques no fue tanto producto de un firme interés ruso en los asuntos mexicanos, como del hecho de que ambos diplomáticos habían sido opositores a Stalin. En este sentido, la salida de Rusia y el destino a México parecen vincularse con la necesidad de Stalin de mantener alejados a sus críticos mientras iba construyendo los cimientos de su futuro poderío (pp. 123-142).

Desde los vértices de un “triángulo imposible”, la autora se interna en la crisis que condujo a la ruptura de relaciones. En este sentido, al experimento del embajador Morrow y a la voluntad del callismo por desprenderse de las aristas más radicales del programa revolucionario, vino a sumarse el cambio de actitud de la Internacional Comunista en 1928. Después del Sexto Congreso, la estrategia de “clase contra clase” vino a marcar, en el caso mexicano, el límite de la “tolerancia” gubernamental. La posición del comunismo mexicano frente a la revuelta escobarista, como su participación en los preparativos de una insurrección

armada, son hechos que la autora analiza al detalle, como justificación que esgrimirá el gobierno de Portes Gil para suspender la relación diplomática.

La experiencia soviética de los años veinte despertó simpatías en algunos sectores de la dirigencia mexicana. Aunque ya es un hecho conocido, Spencer menciona la atracción que ejercieron las propuestas educativas de Anatoli Lunacharvsky sobre la generación que capitaneó Vasconcelos desde la Secretaría de Educación Pública. Por otra parte, y casi sin referencia en la indagación histórica, aparece el interés que suscitó en México la implantación de la Nueva Política Económica (NEP) entre 1921-1929. Aquello que para algunos fue considerado como el fracaso del programa de colectivización soviético, para otros significó la confirmación “del correcto ritmo pausado de la revolución mexicana y su proceso evolutivo hacia la reconstrucción del Estado y la sociedad sobre bases nuevas” (p. 145). Sin embargo, Spencer no profundiza sobre estos asuntos. Son muy vagas las referencias a una reflexión de intelectuales, artistas y políticos sobre el curso de la revolución rusa, e incluso de testigos directos, como lo fueron los primeros embajadores mexicanos. En la misma dirección, el texto no abunda en los nexos entre el comunismo y un radicalizado movimiento campesino en algunas regiones del país. En concreto, las Ligas Agrarias, y los dirigentes y caudillos vinculados con esta movilización están ausentes, y de igual forma carece de visibilidad en el estudio, la experiencia del socialismo yucateco, bajo el liderazgo de Felipe Carrillo Puerto.

Estos asuntos constituyen la principal debilidad del trabajo, es decir, la escasa atención puesta a un juego, complejo y contradictorio, en torno a las imágenes y referencias que la dirigencia mexicana fue construyendo respecto a Rusia. La investigación privilegia los aspectos de política exterior, reconstruye minuciosamente una historia diplomática, pero descuida el impacto que la utopía de un mundo igualitario produjo en las élites políticas, obreras y campesinas de un país que, por cierto, salía de un proceso revolucionario, y por sus características, buscaba nuevos paradigmas por dónde insertar a la nación a las corrientes de un pensamiento y a un accionar político tendientes a la legitimación de un orden que se reclamaba portador y representante de las causas populares.

En síntesis, la investigación de Daniela Spencer se significa como un aporte sustancial al conocimiento de una parcela de la historia mexicana en el siglo XX. Es una muestra cabal de la ri-

queza contenida en archivos hasta hace unos años vedados a la indagatoria histórica. El libro confirma interpretaciones previas, pero también introduce correctivos sobre la valoración de un proceso del que se tenían referencias vagas e indirectas, y por último, el texto abre nuevas líneas de trabajo que, someramente esbozadas por la autora, vale la pena retomar con el fin de ensanchar el horizonte en los estudios sobre la revolución mexicana.

Pablo YANKELEVICH  
*Instituto Nacional de Antropología e Historia*

